

ta lontananza giraban vertiginosamente... ¿A qué contar tanto desatino?

Cuando desperté, bañado en sudor copioso, pude pensar que continuaba el sueño. En efecto, sobre mi lecho tendida, yacía mi capa: era la misma, no cabía dudarle: harto conocía yo las bandas de descolorida grana, el paño parduzco y los broches de plata figurando conchas de peregrino de aquella cara prenda... Frotéme los párpados, paseé atónito una mirada por la habitación, y en la silla que junto á la mesa estaba ví sentado á Onarro, hojeando mis pocos libros.

## VII

No hay nadie medroso á las doce del día (tratándose de miedo á cosas sobrenaturales). Yo, en aquel momento, ante el rayo de sol que cruzaba la vidriera é iba á besar jocundo la caleada pared, me hallé poseído únicamente de vergüenza terrible, recordando mi poquedad de ánimo y mi humillante escapatoria. Onarro estaba allí con su gabán color nuez, su floja y desaliñada corbata; á su lado, en la mesilla, reposaban las antiparras; y sus grises ojos, en mí clavados, se teñían de la benévola suspicacia que caracteriza las pupilas del gato do-

méstico, tigrecillo siempre receloso y siempre maligno en su mansedumbre. Onarro fué el que entabló el coloquio, que yo no supe ni quise.

—Ahí tiene usted su capa—me dijo señalando con el dedo al irrefragable testimonio de mi cobardía.

—Siento mucho que se haya usted molestado...

—¡Famoso susto dí á usted! Si yo sospechase que era usted tan... nervioso, jamás emprendería conversación con usted en aquel lugar y á aquella hora.

—¿Habrá venido aquí este hombre solamente para traerme la capa y soltarme de paso estas pulлитas?—pensaba yo. Y repliqué en voz alta:—Señor D. Félix, la imaginación á veces...

—Sí, ya sé yo que la imaginación, cuando preponderando sobre facultades superiores y envuelta en las nieblas de la ignorancia... y acaso dominada por preocupaciones adquiridas... Y es evidente que usted es un ignorante. Eso no impide á veces tener mucho talento. Hoffmann, el inimitable cuentista, soñaba despierto con trasgos, hechicerías, espectros y apariciones. Y usted puede estar adornado de brillante fantasía, sin que deje de ser un ignorante. ¿Verdad que lo es usted?

—En realidad... me parece que... francamente...

El respeto y el temor contenían en mis labios una respuesta ágría, pero íbame amostazando tan

impertinente discurrir. Onarro se levantó, y en vez de tomar la puerta tomó su silla y vino á sentarse á mi lado, casi tocando conmigo, á la cabecera de la cama.

—No sólo es usted un ignorante—prosiguió—sino que se le da un comino de serlo.

—A mí... no señor, usted dispense, está usted en un error.

—Lo dicho. ¿Qué le va á usted ni le viene en las cuestiones científicas? ¿Qué entiende usted de achaque de saber? Usted no posee la curiosidad, ni siquiera la vulgar curiosidad, que incita al estudio. La química, verbigracia, le es á usted, no sólo indiferente, sino odiosa.

—¿A qué santo vendrá este maniático á meterse conmigo?—murmuré para mi capote.

—Un ardite se le daría á usted de llegar á la altura de un Dumas ó un Berthelot, ó de quedarse hecho un zarramplín.

—Señor mío—exclamé yo, creyendo que interesaban al éxito de mi carrera y al honor del pabellón unas miajas de farsas y embuste—usted se engaña, y mucho. ¡No gustarme á mí la química! ¡Bueno vá! ¡la química! ¡justamente! ¡y explicada como usted la explica! ¡oh!

La cara de limoncillo seco de Onarro adquirió de improviso formidable seriedad, sus ojos despidieron chispas, y alzándose y asiéndome de una muñeca que apretó con toda la fuerza de sus dedos

sutiles y vigorosos como resortes de acero, dijo con voz contenida, pero enérgica:

—Oiga usted. Atiéndame bien. Yo no vengo aquí de broma, ni la admito. Exijo de usted la verdad, y usted me la dirá. Tanto peor para usted si me toma por un juglar ó un loco.

—Rematado—pensé en seguida; pero enmudecí. Onarro me soltó, y con más reposo:

—Ruego á usted que sea sincero—pronunció mirándome á la cara.—Salga de su boca la verdad, que por lo demás conozco yo tan bien ó mejor que usted, por que hace meses que le estudio sin descanso, como á un organismo curioso é ignoto. No soy aquí el profesor ante el discípulo, soy un hombre que necesita de otro hombre. Sea usted leal, y no le pesará. ¿Usted no tiene la menor vocación científica, no es eso?

Subyugóme el tono y la manera de hacer la pregunta, y sin fijarme en lo extraño de tal interrogatorio ni en lo peregrino de mi franqueza, repliqué.

—Ya que usted quiere á toda costa que lo confiese... No, no, señor.

—¿A usted le causará tedio abrir hasta el libro de texto?

—Es mi mejor narcótico.

—Más todavía. Usted conoce que en su cabeza no arraigan ni fructifican las explicaciones que doy en mi clase?

—Por un oído me entran y me salen por otro.

—¿Y los experimentos? ¿Le interesan á usted los experimentos?

—Me parecen un juego de chiquillos.

—No le gustaría á usted sobresalir entre sus compañeros, por su aplicación, su inteligencia?

—Quisiera tener concluidos ya los años de curso, para hacer una hoguerita con los libros.

—Y á veces, cuando me ve usted en mi puesto, vulgarizando las grandes verdades de la ciencia, poniéndolas al alcance de la juventud, echando el germen de la cultura en aquellas almas... ¿no me envidia usted con noble envidia? ¿No quisiera usted estar en mi lugar?...

—¡Tomarme yo tanto trabajo por desbastar alcorneques! No en mis días.

Crecía la audacia de mis respuestas, á medida que el semblante de Onarro se iluminaba con alegre expresión.

—¿Nunca ha soñado usted, en sus ratos perdidos, con ser una de esas lumbreras del mundo, uno de esos grandes hombres que ensanchan los límites del conocimiento humano é interpretan acertadamente la obra divina; un Arquímedes, un Newton, un Leibnitz? ¿No le gustaría á usted que su nombre corriese de boca en boca, y se conservase de generación en generación, y se esculpiese en mármoles, y se grabase en bronces, y lo inmortalizase el arte en gloriosos monumentos?

Onarro estaba en pie, sin duda en las puntas de

los pies, porque me parecía más alto que de costumbre; entre la ceniza de sus pardos ojos brillaba sobrehumano fuego; tendía con ademán majestuoso el diestro brazo, cubierto con la exígua manga color nuez. Vínoseme á la memoria una estrofa de Espronceda, poeta muy leído de estudiantes, que en materia de gusto literario aún suelen estar con la generación romántica del 30 al 40, y declamé enfáticamente:

« Yo, con perdón de la gloria,  
mucho más estimaría  
vivir en el mundo un día  
que cien años en la historia. »

Al pronto temí haberme excedido, porque una sombra de desagrado y amargura cruzó por el semblante de Onarro. Mas fué un momento. Volvió á pintarse en él la satisfacción, y dejándose caer de nuevo en la silla, preguntóme con tono muy diverso del que antes empleara:

—¿Qué desea usted, pues? ¿No tiene usted ideal de ninguna clase? ¿No aspira usted sino á vegetar en la oscuridad y la inercia?

—¡Que si aspiro! ¡Ay señor D. Félix, si yo pudiera pedir por esta boca!

—Pida usted, pida usted; ¡quién sabe si será medida!

—Señor D. Félix, si yo tuviese dinero en abundancia, ¡qué cosas haría! ¡Qué planes me bullen aquí!

—¡Magnífico!—exclamo él levantando el emboce de la sábana y cogiéndome una mano que apretó esta vez con entusiasmo, y casi con ternura.— ¡De modo que es usted codicioso!

—Codicioso precisamente, no; pero desengáñese usted, que lo que hay que ser en el día es rico. Los pobres significamos tanto como la última palabra del Credo: sí, señor D. Félix, somos de peor condición que los negros de Guinea. ¿Ve usted esa capa que me ha devuelto? Pues tiene siete años; se transparenta casi el día por ella, y, sin embargo, al recobrarla me pareció que recuperaba un pedazo del corazón, porque no tengo esperanza alguna de poder comprar otra, y anoche me he vuelto carámbano con su falta. ¿Ve usted esas botas? Pues á fuerza de betún disimulan su vetustez... ¿Cree usted que si yo tuviera peluconas me quebraría los cascos en estudiar? ¡A otra puerta! Vida alegre, ver mundo, gozar de la juventud... ¿Usted piensa que si yo fuera poderoso aguantaría que me pusiesen sábanas gordas y remendadas como éstas, mientras otro en la sala de al lado lasgasta de olán y con randas y encajes? ¿Que me conformaría con los desperdicios del señorito de la Formoseda, y no haría venir de Francia pechugas de ángeles rellenas de tocinos del cielo? Pero, señor D. Félix, me aguanto, porque la necesidad tiene cara de hereje.

—¿Las riquezas serían, pues, para usted la dicha cabal y perfecta? ¿No aspira usted á más?

—¿Y qué más se puede pedir? Salud gasto, mi novia me quiere, y si no nos casamos, y aun si es probable que no nos lleguemos á casar en la vida, la culpa es de los pícaros doblones.

—¿Tiene usted novia? —preguntó Onarro, por cuyos ojuelos pasaron unos idilios juveniles.

—Sí, señor; pero le ha salido una proporción riquísima, y es fácil que al cabo... Lo que yo digo, D. Félix: poderoso caballero es don dinero. El que tiene llave de oro, abre todas las puertas.

Excitado por el prurito de hablar de mi propia persona, que es cosa en general muy grata, íbame ya olvidando de la extrañeza de aquel diálogo y de lo inexplicable que era la presencia del profesor en mi cuarto tanto tiempo. Onarro, como hombre indeciso, medía el aposento con rápidas pisadas. Al cabo se detuvo ante mí y mirándome fijamente:

—Ya sabía todo eso—me dijo.—Desde que usted ha puesto el pie en mi clase le estudio, le conozco, no le pierdo de vista... He probado á usted de mil maneras, he tratado de excitarle la curiosidad, el amor propio, la emulación... Nada, nada. Más fácil sería sacar jugo del mármol que de usted un arranque de entusiasmo científico... Me he convencido, estoy seguro de que para usted, lo que se refiere á conocimiento, es letra muerta. Usted no miente, no. Es usted, en realidad, tan extravagante é imperfecto como dice.

—Tú sí que eres un extravagante —repliqué yo aparte, por supuesto.

—Al mismo tiempo he tomado informes de usted, y sé que es usted hombre de bien, capaz de cumplir un contrato.

—Eso, sí, señor. Con la leche lo mamé y con la cristiana enseñanza que me dieron. Me precio de ello, aunque pobre.

—¿Quiere usted—me dijo solemnemente Onarro acariciando su barba lampiña y puntiaguda—quiere usted ser el hombre más rico de toda Europa? ¿De todo el mundo?

Abrí tamaños ojos. Siempre me pareciera que el bueno del profesor de química tenía algunas afinidades con los habitantes de Orates, Leganés y otros puntos análogos; pero en aquel instante le diuté por el mayor y más gracioso demente que pudiese haber bajo la capa del cielo. Así que respondí con disimulada chunga:

—Me conformo con ser el más rico de Galicia.

—Poco pide usted; ya subirán de punto sus exigencias andando el tiempo. Por lo demás, no he de ser yo quien tase y limite el caudal de usted, sino usted mismo.

—Ea pues, Sr. D. Félix—repliqué resuelto á llevarle el humor—venga acá ese Perú, lleguen esas Indias, acérquese esa California, que yo de buena voluntad y por amor de Dios apencaré con todo ello. ¿Es billete de lotería? ¿Posee usted algún la-

garto de doble rabo, que con él dibuje en la arena mojada los números que han de salir? ¿Es tesoro encantado en el Pico-Sacro, cuyas profundidades y cuevas visitó usted menudamente?

—Mocito—repuso D. Félix—ya he dicho que esto no es asunto de burlas, y espero que mis canas, cuando no mi carácter de hombre de ciencia, me den derecho á ser oído con seriedad.

—Perdone usted, pero la proposición es tan halagüeña...

—Es muy formal y grave. En prueba de lo cual, usted, como cristiano y católico, va á jurar ahora mismo sobre los Santos Evangelios no revelar á nadie ¿entiende usted? ni á esa novia, el secreto de la empresa en que he menester su auxilio.

Diciendo y haciendo sacó del bolsillo del gabán un libro grueso, con cantoneras doradas y encuadernación de lujo; abriólo lentamente, y me señaló con el dedo la hoja. Pude ver á Jesús Salvador en una rica viñeta cromolitografiada, y debajo, en caracteres góticos de oro y azul, leí: *In principio erat verbum...*

—Jure usted—repitió la voz profunda de Onarro.

—Pero—exclamé medio vencido—yo no juro así sin más ni más, ni sin saber á qué me obligo.

—Se obliga usted únicamente á guardar silencio, á no decir á nadie de este mundo lo que yo le confío.

—Si no es más que eso, bien está, me aven-

go á prometerlo; pero podría usted indicarme...

—Necesito de usted para una empresa, empresa en que puede usted hacerse fabulosamente rico, más que todos los propietarios, banqueros y monarcas de Europa.

—Me conviene—dije contagiado de la fe de Onarro.

—Es de advertir que arriesga usted la vida.

La advertencia me resfrió un poco. A despecho de mis contrariedades financieras y amorosas, maldita la gana que tenía de morirme. No obstante, el cebo era tentador, yo mozo, estudiante y aventurero. El recelo fué corto.

—No importa—respondí.

—También la arriesgo yo—añadió Onarro.

—Eso no me consuela ni pizca, Sr. D. Félix; pero, en fin, ya que usted dice que con arriesgarla voy á ser un potentado, vale la pena. Por cosas de bastante menor monta hay quien se la juega todos los días.

—En ese caso es usted mío—dijo Onarro comiéndome con los ojos.

Y volvió á presentarme el libro.

—Jure usted, por su fe de cristiano, no revelar á nadie lo que entre usted y yo ocurra. Júrelo usted por cuanto existe de sagrado en el tiempo y en la eternidad; júrelo usted por el Dios que nos escucha.

Honda y extraña impresión me sobrecogió. La fórmula del juramento, repetida en actos públicos,

y que con tanta ligereza se profana, parecíame en aquella ocasión, ante aquel hombre singular y en tan peregrinas circunstancias, lo que realmente debe ser: un acto solemnísimo, imponente, religioso.

—Salte usted de la cama—me dijo Onarro.—Jure usted con respeto.

Brinqué á tierra, y sin darme razón de lo que hacía, me arrodillé, puse la mano sobre el sagrado libro, pronuncié las palabras de ordenanza y besé la página por el sitio en que los pies del Salvador se apoyaban en el globo del mundo.

—Bien está—murmuró Onarro lacónicamente.—Hasta la vista.

Y mostró querer marcharse.

—Eh, Sr. D. Félix, ¡eh!—grité aturdido sin pensar en dejar mi humilde postura.—Mire usted que yo he jurado; pero si se trata de alguna cosa que... de alguna acción no buena, vamos... entonces...

Volvióse el sabio desde el umbral, y me dejó atónito con disparar la más larga, alegre y espontánea carcajada que escuché en mi vida.

—¡Bonita facha hace usted!—tartamudeó ahogándose de risa.—En calzoncillos... con esa cara de susto... No tenga usted miedo, hombre... no soy capitán de gavilla, ni monedero falso... ni secuestrador...

Esta última palabra y el postrer eco de hilaridad se perdieron en lontananza, porque ya Onarro ba-

jaba la escalera con prisa y agilidad juveniles. Quedéme yo hecho una estatua, boquiabierto, sin saber qué me pasaba; pero fué lo bueno que al recobrar me y empezar á traer á la memoria la reciente escena, asaltóme tan irresistible convicción de que el profesor de química se había querido divertir conmigo y jugar me una de sus burlas estafalarías, que, sin ser poderoso á contenerme, viéndome así, en tan raro pergeño y de hinojos, solté á mi vez el trapo con la mejor gana del mundo. Parecíame extraordinariamente cómica la sencillez con que creyera yo todo aquello de las riquezas inmensas, de los tesoros, del peligro de muerte, la formalidad con que había jurado guardar el secreto de tales sueños y delirios... No me era posible dejar de considerar los actos de Onarro como inspirados por un cerebro enfermo ó por una condición retozona, maliciosa y picaresca. Y, con todo, la fantasía, abogada perenne de lo maravilloso, me insinuaba pasito un «¿quién sabe?» y un «tal vez» que me hacían cavilar... Como el personaje del conjuro en *El diablo en el poder*, temía y deseaba á un tiempo la presencia de Satanás.

Vestíme apresuradamente, recordando que era hora de asistir á mis diarias clases, y como cruzase el corredor, ví abierta de par en par la puerta del cuarto de D. Nemesio Angulo. Acordéme entonces de la tetera y demás chismes que en mi alcoba quedaran, y no quise salir sin haber vuelto á

colocarlos en su acostumbrado sitio, sobre la cómoda del buen clérigo. Volví á mi nido, cogí los trebejos y me entré sin ceremonia en el domicilio de D. Nemesio, depositando en su lugar correspondiente cada trasto. Mucho me sorprendió ver el lugar vacío á aquella hora. La puertecilla de escape que comunicaba con las habitaciones del señorito de la Formoseda se hallaba entreabierta, y al través de la cortina de drogué que velaba los cristales se oían los acentos de una gárrula voz, para mí muy conocida. Todo el mundo es indiscreto en determinadas circunstancias: yo me puse á escuchar.

—Sr. D. Nemesio—decía doña Fermina—no hay motivo de desesperarse por eso que le han dicho á usted. Ella siempre tuvo unas sombritas de vocación; pero ¡bah! ya se sabe lo que son las vocaciones de las muchachas: conforme vienen se van. Señorito D. Víctor, no se desanime usted ni se ofenda: la niña no le conoce apenas, que cuando le conozca, juro yo...

—No, señora—contestaba desapaciblemente don Víctor—yo no me desanimo, ni... Pero no andemos con bromas. Si Pastora tiene firme propósito de tomar el velo, díganmelo de una vez, y salgamos de dudas. Me están haciendo desempeñar un papel ridículo.

—¡Jesús, D. Victorcito! ¡Que sea usted tan vivo de genio! No, señor de mi alma, no. Mi niña com-

prende muy bien el favor que usted le dispensa fijándose en ella. ¡Jesús! sí, que es ella tonta ó ciega para no ver sus prendas de usted. No, pues de boba no tiene nada; que lo diga D. Nemesio, que lo diga.

—¡Boba! No por cierto; es muy discreta Pastora; no le podía faltar esa gracia. Pero Sr. D. Víctor y señora doña Fermina, si Pastora quiere, en vez de esposo terrenal, á Jesucristo por dueño perpetuo, paréceme á mí que eso no es ser boba. Nadie debe ofenderse porque prefieran á Dios, ni resentirse de que se aspire á mejor estado.

—Yo no me resentiré; sentirlo es otra cosa. Sólo quiero saber si esa resolución es fija y terminante. Ya ven ustedes que si ahora me dicen que Pastora me desaira por el convento, y luego salimos con que me deja por algún galán... eso ya me ofendería en altísimo grado, señores. No soy ningún muñeco para que se juegue conmigo.

—¡Madre mía del Amor Hermoso! ¿Qué dijo, D. Victorcito? ¡Galanes á mi niña, cortejos á mi Pastora! ¡Sí, buena es ella! No, si no tómenle el pulso y verán. ¡Señor de la Corticela, galanes! Mire usted, á puntapiés los tuvo, así Dios me dé buen siglo y buen año, pero ella, ni esto. D. Nemesio, dígame á D. Víctor cómo es Pastora de recogida y de...

—Alto ahí, doña Fermina—intervino D. Nemesio.—Pastora puede ser una muchacha excelente,

como de hecho lo es, que yo la fío, y, sin embargo, tener un galán, con el más limpio propósito.

—¡Vaya, Sr. D. Nemesio, que no posee uno más honra que la que le quieren dar! Si usted, que es hace tantos años el confesor de la niña, dice esas cosas, no sé yo qué quedará para los maldicientes...

—Señora, yo no digo que lo tenga—replicó don Nemesio, en cuya voz noté por vez primera de su vida inflexiones coléricas.—Usted está soñando; lo que yo afirmo es que, aunque lo tuviese, no sería mancha de judío; y me parece que cuando me explico así, no lo sacaré de mi cabeza, ni defenderé cosa que nuestra Santa Religión no autorice. En esa materia ya no seré tan ignorante que diga una tontería.

—Hablemos claros—exclamó D. Víctor.—No quiero dar á ustedes un mal rato, ni contradecir á usted, señora doña Fermina; pero, francamente, tampoco me agrada pasar por bobo. Anoche he recibido un aviso anónimo, en que me advierten que Pastora tiene novio; que lo tenía ya antes de conocerme á mí, y que por eso no se avendrá á la boda. Ya comprenden ustedes que para una persona como yo es un lance altamente humillante este en que me veo.

—Los anónimos sólo merecen desprecio, señor D. Víctor—dijo D. Nemesio.

—¡Ay, D. Victorcito de mi alma!—gritó doña



Fermina. — ¡Ay, de qué medios se valen, y cómo me lo engañan y embaucan las envidiosonas que se están reconcomiendo de ver la fineza que usted hace á mi hija! ¡Ay, si yo soltase la sin hueso! ¡Ay, si no me contuviese la prudencia! D. Victorcito, mire usted, mire usted á su alrededor y abra los ojos. Ya se ve, como contaban con que usted les iba á pedir sus hijas... y las hijas, porque arrastran un pingajo de seda y llevan mil arrumacos, piensan que no hay nadie en el mundo que valga más que ellas... no, pues de alguna sé yo que... pero más vale callar...

—Mejor, mucho mejor es que usted calle, doña Fermina—exclamó D. Nemesio, cuya benigna condición no fué parte á hacerle llevar en paciencia las alharacas de la irritada dueña.—Ninguna señora, ninguna señorita es capaz de lo que usted malignamente suponé. Las personas regulares proceden como quien son.

—Sin embargo, D. Nemesio—objetó el señorito de la Formoseda—no va del todo descaminada doña Fermina. Como no he sido mal acogido en muchos sitios... y trato á las familias que tienen hijas casaderas... Ello es que en todas partes me festejaban, y si hubiera querido elegir, creo que no me pondrían ceño. De manera que no fuera extraño...

No quise oír más. En dos brincos me planté en la calle, y con otros dos me puse en la casa de Pas-

tora; necio es quien no se ase del único cabello que guarnece el mundo colodrillo de la ocasión.

—Niña mía—dije á Pastora, que estaba algo desmejorada y abatida, y que se admiró al verme entrar—recibe mi enhorabuena. Eres un diplomático, que mal año para Bismarck. Esa cabecita es mucha cabecita.

Fregábame las manos al hablar así, y en señal de admiración castañeteaba los dedos, sacudiéndolos.

—No sé por qué dirás eso, Pascual—articuló Pastora alzando hacia mí los ojos, que rodeaba hondo y amoratado cerco.—Explícamelo, y no hagas tales extremos y boberías, que no vienen al caso.

—¿Pues no he de hacerlos? Me encantó tu labia, y el enredo que ideaste para salir del apuro.

—¡Enredo! ¿Qué enredo?

—¡Mujer! ¿Cuál ha de ser? El del monjío.

Arrancó Pastora de lo más hondo de las entrañas un suspiro tiernísimo y doliente, y no me dió otra respuesta.

—¿Qué es eso?—exclamé impaciente.—¿Suspiros tenemos? ¿Cuánto va á que sientes haberte sacudido ese moscón?

—Pascual—pronunció ella volviendo el rostro hacia los vidrios de la ventana—el moscón eres tú, y de tí sí que tendré que sacudirme y desembarazarme. ¿Crees que no hay sino andar jugando al escondite con lo del monjío, y aquí tomo y allí dejo?

Yo no sirvo para esas variaciones. Casarme contigo no puedo; con D. Víctor no quiero; seré religiosa; y como esto no tiene remedio sino hacerse, cuanto más pronto dejemos de vernos valdrá más. ¿Tomar á Dios por disculpa y pretexto? ¡bueno fuera, Pascual! Mucho he meditado en mi destino, y comprendo que la vocación de mis primeros años era la mejor. Con pena te abandono, pero ya se te alcanza...

¡Oh y qué oportunidad se me ofrecía aquí—si en vez de contar los sucesos de mi verdadera historia estuviere hilvanando entretenida novela,—de encajar una escena patética y de efecto, en que yo me arrojase á las plantas de Pastora, y besando la fimbria de su vestido, con muchas lágrimas le rogase no repitiera la palabra fatal; y ella luchara consigo misma, hasta que fascinada y mal de su grado se precipitase en mis brazos; y ambos á dúo, en tierna actitud, jurásemos bebernos un sutil veneno ó siquiera traspasarnos el corazón con acicalada daga, si ya el destino en perseguirnos tenaz, nos vedase finalmente vivir el uno para el otro! Mas como á todo antepongo mi escrupulosa veracidad de autobiógrafo, debo, aunque prive á mis sensibles lectores de un sabroso regalo, declarar que no pasó nada semejante á tan dramático episodio. Lo único que hubo (y cuenta que no pongo ni quito una tilde), fué que yo me llegué á Pastora, y sin decir palabra, con gentil donaire, le adminis-

tré en el brazo izquierdo un retorcido pellizco; lo cual le obligó á exhalar un grito y á levantarse con presteza, empuñando la correa del hábito á guisa de disciplina; y como viniese á mí con intención manifiesta de sacudirme algunos zurriagazos, refugiéme corriendo en un rincón, desde donde con las manos juntas, pedí cuartel; mas no logré nada, pues me zurró en grande, y por mucho que yo chillaba:

—Ea, Pastora, ¡que duele de veras, caramba!

—Mejor; aguárdate, falso—contestaba ella desnudeando el mosqueo.

—Mira, Pastorcilla—díjeme yo así que hubo saciado su venganza y quedádose animada, encendida y ya medio risueña:—mira, no me hables de convento estando yo como estoy, sano y rollizo; antes espónjate y alégrate, niña, que te anuncio y mando que voy á ser rico, más rico que Creso, y á casarme contigo por la posta.

—A fe que te vengas con chanzas. No está la dama para tafetanes.

—Si hablo formal, mujer. Mírame á la cara.

—¡Música celestial! Tienes tío en Montevideo, ¿eh? Nunca me lo mentaste.

—No, si no necesito yo tener tíos en Montevideo ni en Flandes para achinarme. ¡Vaya!

—Pues hijo, ¿qué, van á hacerte ministro?

—No me sacarás otra palabra del cuerpo, sirena tentadora, taimada Dalila

—Bien, bien. Cuando me enseñes una oncita junta, te daré crédito. Hasta entonces...

Y con la uña del dedo pulgar produjo un chasquido expresivo en los dientes.

—Mira que va de veras, Pastora. Prepárate á ser princesa y millonaria.

—Déjate de insulceces y hablemos con seriedad. No parece sino que nos sobra el tiempo, que así lo perdemos. Pascual, de veras, he cavilado mucho, y se me figura que estas dificultades y tropiezos que encuentran nuestros amores son un aviso claro de Dios que me dice: «Pastora, vas mal por ahí.» Entrando yo monja, se arreglaba todo. Ni mi pobre tío ni mi madre podían quejarse; y tú menos. Dios me daría fuerzas para ser una buena religiosa.

—Justito. Como no puedo casarme con mi novio, me caso con Jesucristo, ¿verdad? Pues vaya una virtud. No, señora mía, otro porvenir más espléndido aguarda á vuestra merced. Arregle de modo que pase este chubasco, y amanecerá Dios y medraremos.

—Es que tú no sabes lo que me amargan la vida, mi madre riñendo y el tío callando. Este, sobre todo, me da ratos terribles. El nada dice; pero yo sé leer muy bien en su cara. Es el primer disgusto que le causo.

—Pues hija, sigue afirmando que quieres hacer-te monja. Con eso no se atreverán á desaprobarte;

y yo en breve tendré dinero con que ahogar á cuantos se opongan á nuestros amores.

Pastora me colocó las dos manos en los hombros, y rechazándome y sujetándome á la vez con esta cariñosa familiaridad, me miró fija un largo rato. Al fin pronunció, con los tonos más graves de su voz dulce:

—Honra y provecho no caben en un saco. El dinero no llueve del cielo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Yo no sirvo para este mundo!—exclamó dejándose caer en la silleta.—Desengáñate, Pascual: es mejor encerrarse y rezar, que afligir á todos por casarse contigo. ¿Quién eres tú?

—¡Linda pregunta!—contesté amostazado.—No soy un personaje como D. Víctor, pero ¿quién sabe lo que podrá suceder mañana?—Aunque te rías y te reburles, puede ser que nade en oro antes de lo que tú tardas en hacer una novena...

Pastora se levantó de nuevo, y por uno de aquellos cambios frecuentes en las organizaciones delicadas, ví que sonreía y que sus ojos destellaban malicia. Cogió entre las yemas de los dedos la solapa de mi levitillo, la alzó, y mostrando que abrochaba al revés, signo indefectible de que la prenda había sido económicamente vuelta con lo de dentro para fuera, me interrogó así:

—Pascualillo, ¿entonces no te pondrás la ropa con las solapas cambiadas?...